



## CAPÍTULO V.

---

GABRIEL.

**A** excepción de algunas lágrimas, Gabriel no fué muy sensible á su cambio de vida.

Pertenecer al circo era para Gabriel una dulce compensación, y caminar á caballo, ó en la carreta de los equipajes, tenía para él un atractivo poderoso.

Una vez calmadas sus primeras inquietudes, empezó su aprendizaje de acróbata.

El payaso ensayaba desarticular á Gabriel y el director á hacerlo fuerte.

El capital inmueble de las fuerzas ó de la

elasticidad, se conquista á fuerza de dolores y por medio del tratamiento menos comedido que se conoce.

El hombre al encontrarse frente á frente de su propio organismo y al contemplar la admirable precisión con que todas las partes del cuerpo humano concurren al desempeño de su sabio objeto, ha discurrido que un *fémur*, saliéndose de su encaje y volviéndose á encajar como si tal cosa, vale la pena de pagar por verlo, y para llegar á este resultado medio mata al propietario de dos *fémures* comunes y corrientes, hasta lograr que se abran como las piernas de un compás.

Gabriel puso por capital en la compañía ecuestre sus piernas y su miedo, sus dolores y sus descoyuntamientos, hasta que llegó á abrir las piernas como un muñeco de alambre; y desde ese momento Gabriel tenía un capital en las coyunturas, aunque ninguno en la cabeza ni en el corazón.

Consolábase, no obstante, de tener una compañerita, á la que también se obligaba

á hacer barbaridades aunque de distinto género.

Dos años estuvo Gabriel flexibilizándose, y más de una vez había sido exhibido por el director y sus dos hermanos que hacían grupos y encaramaban á Gabriel, y hacían de su pobre humanidad cera y pábilo.

Gabriel, como por lo general los niños que no han probado los mimos maternos, era impetuoso y duro; y había en su interior no sabemos qué repulsión instintiva á sus semejantes, como si estuviera guardando un secreto reproche contra todos, por no saber á quién le debería la desgracia de no haber tenido padres.

Un día los miembros de Gabriel estuvieron más rígidos, y estuvo menos dispuesto que otras veces á dejarse descoyuntar, y recibió en pago de esta rebeldía una azotaina de manos del payaso.

A excepción de los primeros gritos, Gabriel sufrió los azotes, haciéndolo su ira superior al dolor.

Cuando todos se recogieron Gabriel se

sentó en su cama sin poder conciliar el sueño: á su pesar sollozaba de cuando en cuando, y cada uno de sus movimientos le causaba un nuevo dolor en sus recientes cardenales.

—¿Por qué he de ser acróbata? decía; estos hombres son unos brutos, que me embrutecen y me tratan como á un caballo, y todo para hacerse ricos con mis verdugones y mis golpes. No quiero ser del circo!

Y sin meditar esta resolución, se dirigió á la ventana que daba al campo y saltó á tierra.

La noche estaba oscura y reinaba en el pueblo un silencio solemne; pero Gabriel no se acobardó, sinó que envolviéndose en el cobertor que aun pendía de sus hombros echó á andar en dirección de un cerro inmediato á la población.

—La compañía debe ponerse en marcha en la madrugada, y tal vez, pensaba Gabriel, no se detengan sólo por buscarme: me encaramo al cerro y desde allí los veo ir;

y cuando estén lejos me vuelvo al pueblo.

Serían apenas las once cuando Gabriel se encontraba enteramente fuera de la población y á la orilla de unos sembrados.

Vagaba al través de campos de un negror tristísimo aquel pequeño bulto blanco, tiritando de frío, y volviendo la cara á todas partes como esperando un peligro á cada paso.

Al fin la fatiga le obligó á moderar el paso y se detuvo junto á un árbol, antes de encumbrar la loma que había elegido como refugio.

No bien se hubo parado, le pareció ver brillar entre las malezas dos puntos luminosos; fijóse en ellos, y notó bien pronto que una forma negra se movía frente á él; se volvió bruscamente y percibió hacia el lado menos sombrío otra masa negra que se le acercaba, y después una tercera; y no sabiendo qué partido tomar hizo un movimiento abriendo los brazos como para ahuyentar aquellas visiones.

Los animales monteses huyeron en opues-

tas direcciones, y Gabriel triunfó del primer peligro.

—Son coyotes, pensó tranquilizándose.

Calculó enseguida que tendría que estar alerta toda la noche para no permitir que se le acercasen.

A este efecto comenzó á proveerse de piedras, con las cuales hizo un lío en su corbeter, y eligió un lugar escampado y una altura desde donde pudiera dominar el terreno.

Varias veces intentaron los coyotes rodearlo, pero Gabriel, vigilante y audaz, les arrojaba piedras y agitaba su cobertor y lograba ahuyentarlos.

Luchando con el sueño consiguió con grande esfuerzo no descuidarse hasta el momento de anunciarse el día.

Cierta claridad blanquecina en el Oriente volvió á Gabriel toda su tranquilidad, como si un padre cariñoso se anunciara lleno de poder y de fuerza para defender al pobre niño de todos sus enemigos.

Gabriel dejó exhalar de su alma la primera

oración inarticulada, en la forma de una mirada y una sonrisa á la luz del día. ¡Cuánta pureza había en aquella acción de gracias! ¡Cuánta inefable gratitud al Autor de la luz en la sonrisa de aquel niño, que iba dejando caer las piedras de sus manos, moradas de frío, para fijarse absorto en el crepúsculo!

A medida que crecía en el horizonte la zona de la luz, Gabriel volvía hacia Occidente el rostro, como para gozarse en contemplar la huída de las sombras.

—¡La luz! exclamó el niño, se abrió el cielo y de allí vino la luz y luego viene el sol...

Gabriel experimentó un enternecimiento profundo; se sentía agradecido y hubiera querido acariciar la luz.

—¡Qué larga es la noche, y qué horrible en el campo! todo está negro y triste: ¿esta noche qué haré?... Cuando se haya ido la compañía me volveré al pueblo y allí veré qué hago.

Entre tanto Gabriel se dirigió á la montaña sin perder de vista el pueblo.

Cuando estuvo á cierta altura, reconoció la calle por donde debería ver pasar á la compañía.

El sol doraba con vivos reflejos todo un panorama de esmaltadas nubes, que seme- jaban suntuosas arquerías y pabellones de filigrana, como para formar un templo al astro del día.

Gabriel no cesaba de contemplar aquel espectáculo, que por la primera vez le ha- cía experimentar emociones de un género tan grato: era la primera vez que Gabriel se ponía en espontánea comunicación con algo superior á los hombres y á todas las miserias que rodeaban su vida, y se le- vantaba del fondo de su alma el consuelo, la paz y la esperanza.

Una vez exaltada la imaginación del ni- ño, se fijaba con placer en cuantos objetos le rodeaban, y todos sus temores y sus án- sias de la noche, se habían convertido en confianza y bienestar.

Con deleite escuchaba el canto de las aves, y las buscaba con la vista entre las

ramas para espiar sus aleteos y sus caricias; hasta las florecillas que se abrían á sus piés le invitaban á la contemplación.

Esta serie de impresiones debían influir poderosamente en la vida de Gabriel; acaso este destello de espiritualidad lo induciría á una nueva serie de contemplaciones y á la perfección moral.

Ya lo sabremos más adelante.

El polvo que se levantaba en la calle del pueblo, á eso de las ocho de la mañana, anunció á Gabriel que la compañía empen- día la marcha.

Distintamente llegaba á su oído el silbido particular con que el payaso acostumbraba llamar á sus camaradas y aún al mismo Gabriel.

Conoció que en aquellos momentos lo buscaban, y ocultándose tras de unos grue- sos troncos, observaba los movimientos de sus verdugos.

Al cabo de algún tiempo percibió que la cabalgata desfilaba por un camino y salía del pueblo seguida por la carreta de los equipajes.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1925 MONTERREY, N.M.L.

Con esta confianza, y habiendo podido contar los bultos y cerciorarse de que todos los hombres de la compañía caminaban, sin que ninguno se hubiera quedado para buscarlo, se dirigió al pueblo; y como si el cielo hubiera recogido en su forma inarticulada la oración del niño en la mañana, en el pueblo le esperaba ya á Gabriel el alma compañera que necesitaba en su aislamiento, la compensación de su desgracia.

Vagaba Gabriel al acaso, sin saber qué partido tomar y buscando en el semblante de cada uno de los transeuntes alguno en que pudiera notar una señal de benevolencia.

Al fin cansado se sentó sobre una piedra; comenzaba á sentir la necesidad de comer, y pensó por la primera vez en lo terrible de este agujón de la humanidad, que ha sugerido á los hombres tan extraños y variados procedimientos para alimentarse.

Gabriel había ocultado la cabeza entre sus dos manos, y hacía tiempo que permanecía en esta postura cuando acertó á pasar por allí una persona.



*Gabriel levantó la cabeza, se restregó los ojos  
y se puso en pié.*

Era un viejo envuelto en una capa española color de aceituna, y llevaba puesto un sombrero fieltro de anchas y flexibles alas.

Se paró frente al muchacho, y después de contemplarlo inmóvil por largo tiempo le preguntó:

—¿Estás malo?

Gabriel levantó la cabeza, se restregó los ojos y se puso en pié.

—¿Qué tienes? volvió á preguntar el viejo.

—Nada, contestó Gabriel con un acento que revelaba que en efecto no tenía nada.

Aquella manera particular de contestar llamó la atención del viejo, quien, fijándose en la fisonomía de Gabriel, empezó á comprender que éste sufría y disimulaba.

—¿Qué estabas haciendo aquí?

—Nada, volvió á decir Gabriel.

—¿Quién es tu padre?

—Nadie.

—¡Nadie! repitió el viejo con cierta emoción, ¿no tienes padres?

—No señor.

—¿De qué vives?

—Vivía de hacer suertes; pero me dolía mucho el cuerpo, y como el payaso es muy bruto, me pegaba.

—¿Eras de los del circo?

—Sí, señor; pero no quise seguir, y me fuí al cerro mientras se iban.

—¿Y ahora?

—Ahora, aquí estoy.

—¿Quieres venir conmigo?

—Sí, señor; si V. me enseña á leer, iré.

Al viejo le llamó la atención que aquel muchacho, hambriento probablemente, pensara primero en aprender á leer.

El viejo echó á andar seguido por Gabriel; lo llevó á su casa, y desde aquel día nada faltó á Gabriel de cuanto pudiera apetecer. Aquel señor era un viejo viudo y rico que vivía hacía algunos años en el pueblo; vivía solo y era de un carácter reservado y taciturno.

Era servido por un ama de gobierno y por un criado.

Cuando llegó á su casa acompañado de

Gabriel, llamó al ama de gobierno y la dijo:

—Vea usted, Mariana, aquí le traigo á usted este jovencito, acabo de adoptarlo, y me propongo hacer de él un hombre de provecho.

Mariana torció el gesto, y revisó de arriba abajo á Gabriel.

—¿Con que lo ha adoptado usted, señor D. Santiago? Dios se lo tomará á usted en cuenta ¡Como al fin se logre!

—Se logrará, yo se lo aseguro á usted, Mariana; por ahora dele usted de comer, y disponga usted el cuarto chico para que sea su dormitorio. Ve, hijo, ve con Mariana y respétala: ella te va á querer mucho si te portas bien.

Mariana cumplió fielmente las órdenes de D. Santiago, pero á poco rato se apareció de nuevo.

—¿Qué se ofrece? preguntó D. Santiago.

—Nada, señor amo, sinó que como hay gentes tan ingratas, yo quería decir á usted que si ya pensó bien lo de adoptar al mu-



chacho, porque... en fin, usted está grande, y no sea que el chico sea un pillastre y no hayamos buscado más que quebraderos de cabeza.

—No tenga usted cuidado, Mariana; el muchacho tiene muy buena frente, y me prometo hacer de él un hombre de provecho.

—¡Eso es tan difícil en el día!...

—No lo crea usted, Mariana; hoy disfrutamos en el país de las ventajas de la educación pública, en una escala que me hace concebir muy lisonjeras esperanzas para el porvenir.

—¿La educación? ¿Y en el día, señor don Santiago? será lo peor que pueda usted hacer; hoy se enseña á todos los muchachos á herejes y á liberales; da horror ver como está la juventud, señor D. Santiago: la prueba es que este muchacho no sabe el Catecismo; va á cumplir siete años, según entiendo, y no sabe los misterios de nuestra santa religión, y por este ejemplar se conocen todos; hoy los niños no se

ocupan del Catecismo; lo cual es cosa que me tiene verdaderamente escandalizada.

—¡Cuándo en mis tiempos, señor don Santiago, había de suceder esto! ya se ve, entonces se creía que para ser feliz un hombre, era indispensable que supiera nada más que sus deberes como cristiano; pero hoy, primero son las matemáticas y las... qué sé yo qué gerigonza de librajos traen entre manos, porque yo cada día oigo mentar libros nuevos; es cosa que el hijo de la cocinera de acá dice que está aprendiendo no sé que cosa de ografía.

—Será geografía.

—Eso, señor, la geografía, y el muchacho no sabe todavía como ha de confesarse; ¿lo pasará V. á creer, señor don Santiago?

—Es muy fácil.

—Quiere decir que V. le va á enseñar á este niño todas esas cosas de la geografía, y á hablar como los extranjeros, y á todo.

—Sí señora, voy á ver si mi hijo adoptivo llega á presidente de la república.

—¡Dios nos ampare y nos defienda de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Vol. 1425 MONTEREY, N.M.

semejante cosa! pero ya se vé, eso si no puede ser.

—¿Y por qué no puede ser?

—Un huérfano, un pobre como éste!

—Pero si este pobre llega por la instrucción á ser un hombre de provecho, puede aspirar como todos los buenos ciudadanos que saben distinguirse por sus virtudes cívicas, á la primera magistratura.

—¡Ay! señor don Santiago, con razón estamos como estamos; si nos vemos expuestos á ser mandados el día menos pensado por gente así, como este muchacho, salida de la nada.

D. Santiago estaba acostumbrado á tolerar las confianzas y las impertinencias de Mariana, y se divertía con sus apreciaciones; ya se vé, Mariana era tal vez una de las muy pocas personas que hablaban con don Santiago, quien como hemos dicho, tenía una manera particular de vivir, y pasaba en el pueblo por un misántropo, de quien circulaban extraños y fantásticos cuentos.



## CAPÍTULO VI.

### EL VIENTO DE FEBRERO.

**D**ON Santiago encontró muy de su gusto á Gabriel, y bien pronto tuvo ocasión de conocer que no se había equivocado en creer que aquel muchacho era susceptible de un perfeccionamiento moral rápido y notable.

En efecto; Gabriel tenía un bello corazón y una organización admirable para el estudio; don Santiago, por su parte era un hombre ilustrado y progresista, aunque las decepciones de su vida le hubiesen obligado